

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Cuaresma

17 de febrero de 2008

En el tiempo de preparación de la Pascua, en la Cuaresma, se muestra con mayor nitidez a qué nos invita la Iglesia: a renovar la vida nueva que recibimos en el Bautismo y la Confirmación los ya cristianos, y a prepararse convenientemente a esa irrupción de vida según el Espíritu los adultos o niños en edad escolar no bautizados, en la recepción de esos sacramentos pascales. Lógicamente también quiere la Iglesia que niños, que se inician en la Eucaristía como primera comunión —y sus padres—, y adolescentes y jóvenes, que reciben la plenitud del Bautismo que es la Confirmación, aprovechen este tiempo de gracia y preparación. No olvidamos, por supuesto, que convertirnos acogiendo el perdón de Dios en el sacramento de la Reconciliación al confesar nuestros pecados personalmente es una prioridad cuaresmal, pues se trata de vivir la alianza con Dios en Cristo, que se rompe por el pecado y se recobra por el perdón.

Todo este conjunto tiene que ver con la transmisión de la fe en un tiempo complejo como es el nuestro, con luces y sombras, con incertidumbres, con obstáculos. La Iglesia tuvo durante los primeros siglos de paganismo ambiental un proceso de Iniciación a la fe sólido, bien trabado, completo, que acogía a los candidatos a ser cristianos a las puertas de la fe, los acompañaba a lo largo de varias etapas y los conducía a la fe adulta.

Aquel paganismo era, sin embargo, religioso. Hoy la situación es muy distinta. Como decía el papa Juan Pablo II, «*Hoy es necesario un nuevo anuncio incluso a los bautizados. Muchos europeos contem-*